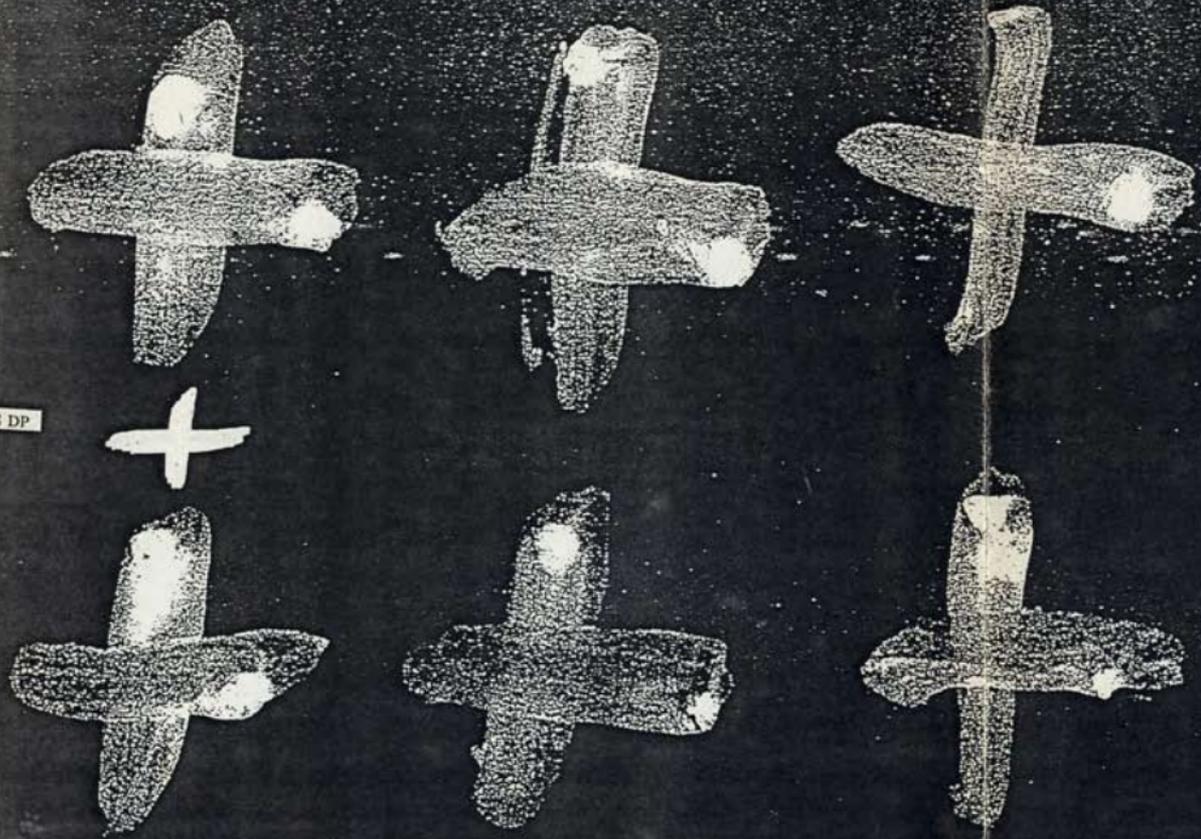




*Coberta: Contenedors a la Zona Franca. Foto Carles Puig.*

18 DP



3 DP



**EL OMBLIGO DEL MUNDO.** Pedro Azara. A Marta y Eugenio. *"... las leyes más grandes, las más hermosas y las primeras de todas son el patrimonio de Apolo, el dios de Delfos. - ¿Y cuáles son éstas?" - Las referentes a la construcción de templos, a los sacrificios y a los demás cultos de los dioses, de los genios y de los héroes; también se cuentan en ellas las sepulturas de los muertos y cuantos servicios fúnebres han de celebrarse aquí para atraerse a los del otro mundo. Puesto que nosotros no sabemos nada de esto, al fundar la ciudad no podremos obedecer a ningún otro, si es que conservamos el uso de la razón, ni servirnos de otro guía que no sea el de nuestro país. Es el dios de Delfos el consejero en nuestra patria de todos los hombres, a los que gobierna sentado sobre el ombligo de la tierra (omphalou) y en el centro del mundo"* (Platón, República, 427 b-c, Trad. J. A. Minguéz).

La tragedia "Las Euménides" de Esquilo se inicia cuando la Pitia, la célebre sacerdotisa de Apolo, huye aterrorizada del templo que preside en el santuario de Delfos, exclamando: "Yo, hacia el fondo marchaba del santuario coronado de guiraldas, cuando divisó sobre el mismo ombligo ("omphalos") a un hombre aborrecido por los dioses, las manos chorreando sangre...". Este hombre manchado era Orestes, que acababa de apuñalar justamente a su madre Clímenestra, y se había refugiado en un recinto sagrado para escapar del asedio rabioso de las diosas ancestrales de la venganza, las Euménides. Mas, ¿dónde se apoyaba en verdad Orestes? ¿Qué era el "ombligo" (omphalos) en el o del templo sobre el que se asentaba el dios fundador de la ciudad? ¿Por qué recibía esta curiosa, íntima y antropomórfica o vital denominación y, al mismo tiempo y paradójicamente, otra geológica o cosmológica? Siguiendo de muy cerca diversos textos conocidos de historiadores de las religiones antiguas en relación con los lugares de culto (Eliade, Vernant, Frankfort, Aldred, Giedion, etc.), dedicados a analizar y aclarar los orígenes de lo sagrado, trataré de definir escuetamente qué es el templo originario, describiendo brevemente sus características y sus fines, y sugeriré qué podemos todavía aprender de y en estos

recintos sagrados primigenios. Un templo es una construcción humana (o sobrehumana) o, más propiamente, es un cuerpo masivo erigido por el hombre y consagrado por el sacerdote, intermediario entre el cielo y la tierra, que lo dedica y lo entrega al dios. Este, de alguna manera, indica (con el índice que escribe en el cielo o las paredes del templo, un destello, un trueno, un pájaro de buen agüero) si acepta la ofrenda y la nueva morada. Erigido para dar cabida, cobijo y forma a un dios en un lugar determinado, a la vista y cerca de los hombres, el templo forma parte de un conjunto más amplio y general que, ya en tiempos históricos "modernos" (principios del s. XX a. J.C.), puede llegar a constituir un hierático doble en piedra, más extenso, noble e imprecadero, de la ciudad de barro, comprendiendo áreas para los vivos y los muertos transfigurados, con pórticos de entrada, dependencias sacerdotales, almacenes, pasos cubiertos, capillas exentas dedicadas a dioses y humanos divinizados, patios, altares exteriores, fuentes de libaciones, cámaras funerarias y obeliscos que rasgan el cielo: juntos dibujan el recinto sagrado. Este es sagrado porque ha sido consagrado por el cielo: es tierra de elección de los dioses y cuenta con su favor. Ha sido agraciada y está en gracia de los poderes celestes. En ella y por ella ha acontecido una



hierofanía: una aparición o una señal del cielo, que lo ha marcado y acotado, deslindándolo del resto de la naturaleza. Los templos siempre se construyen en un área sacralizada, porque ésta es tierra de predilección de los poderes invisibles, pero, curiosamente, la mayoría de los primitivos núcleos sagrados - especialmente indo-europeos (micénicos y dorios, hititas, celtas, védicos e iraníes), incluso muy tardíamente, pero también de los primitivos recintos de las civilizaciones y proto-civilizaciones africanas y del Medio-Oriente como Egipto y Nubia, Mesopotamia, Asiria y Palestina - carecen de templos edificadas para proteger, enmarcar y deslindar la imagen divina. No los necesitan para distinguirse de la tierra profana ni para ser distinguidos, ya que han sido previamente reconocidos y visitados por un dios, y los hombres confían en dicha elección. En todas las civilizaciones arcaicas existen lugares o espacios sagrados naturales (montes serrados, cimas, ríos, cuevas y simas, estrechos y altiplanos), pero no todas poseen templos y capillas construidos por el hombre. Esto ocurría, poco antes del s. XV a. J.C. en la misma Creta micénica, la tierra madre fecundada por el cielo y la cuna de Zeus, el padre de los dioses, educado y a resguardo en una de las galerías infernales de la trama laberíntica de cuevas y pasadizos. En general, y sin entrar ya en diferencias culturales y culturales, los templos (y las tumbas), construcciones frías, geométricas y cerradas (pilones, pirámides y zigurats) se planifican y construyen tardíamente, durante la edad de hierro, cuando los hombres, desconfiados o excesivamente confiados en sus propias fuerzas ("divinas" o faraónicas), perdida la fe ciega y pertenecientes a la primera de las épocas de las luces, ya no se contentan con estar rodeados de cantos sagrados,

montes mágicos, tierra santa y cuevas húmedas, o con levantar túmulos como montañas y disponer menhires en línea o en círculo y a cielo abierto (monolitos ciclópeos que parecen sobrepasar las fuerzas del hombre y haber brotado naturalmente del caos primigenio para ordenarlo y apaciguarlo), que velan y les protegen a distancia. Ahora, necesitan provocar y renovar la alianza con los dioses, cuya autoridad y permanente presencia ya no parecen ser de fíar, y sentirse a cobijo en la oscuridad de la nave masiva y cerrada que han ideado y levantado luego con sus manos, como si ellos mismos ya fueran dioses, si bien es cierto que, aún en estos casos tardíos, ante la soberbia creadora de los hombres, los dioses tenían la última o la primera palabra: el templo o la torre podían ser derribados por el cielo o las fuerzas telúricas o tartáreas. El recinto sagrado se distingue del recinto profano porque el cielo o el espíritu del dios lo ha sobrevolado en círculo, como si fuera un pájaro, o se ha posado sobre él. En medio de un desierto informe e inestable, ha sido verdaderamente ordenado para siempre por un dios. Una parcela limitada de tierra caótica ha sido desbrozada, limpiada y purificada. Una parte de la materia ha sido transfigurada en materia divina, carne de dios (Juan calificaba el recinto sagrado de Jerusalem como "una bella y recién esposada" que aguarda al celeste esposo). En un punto de la tierra se ha hecho la luz. El cielo le ha echado luz. De pronto, lo ha iluminado con un rayo. Un ámbito, hasta entonces desorientado, sin directrices, lugar carente de lugar, ha quedado rayado, señalado. El fuego ha abierto un claro en el bosque desmadejado, como comenta Trías, en cuyo seno la luz se acoge. Rodeado de espesura, se muestra como un recinto aclarado al fin, disuelto, limpio y

translúcido. Queda claro donde se ubica, si bien no está claro que esté al alcance de todo el mundo. Desde lo alto, un óculo brillante y luminoso puntea la masa oscura de la tierra. Es la huella de dios. Lo que lo precisa y lo distingue del resto del espacio todavía no hollado son sus límites. Está cercado de tinieblas. Los recintos siempre se revelan ser lugares recoletos y recogidos, protegidos del entorno circundante e inviolables (ni las mismas diosas primigenias de la tierra, las Erinias, pudieron alcanzar al matricida Orestes, refugiado en el centro del templo de Apolo). Están aislados y cerrados sobre sí mismos. Desde fuera apenas se distinguen. Lejanos, son de muy difícil acceso. Están perfectamente protegidos, como si los dioses hubieran levantado una muralla entre sus tierras y la de los poderes infernales. Sólo los puros, como Moisés, los que se han purificado (Gilgamesh), los predestinados, los profetas, los poetas de la voz primeva (Orfeo), los héroes (Hércules), los arquitectos verdaderos, casi divinos (Imhotep) y los reyes (Gudea) -en efecto, los reyes míticos o fundadores de estirpe, ciudades y epopeyas, como Kheops en Egipto, Gudea en Babilonia, Urnammu en Sumeria, Minos en Creta o David en Israel, eran héroes, poetas, sacerdotes, legisladores y arquitectos, eran dioses encarnados o hechos visibles, eran hijos del dios, venidos para impartir la buena nueva y difundir el orden, cósmico, puesto que "kosmos", en griego, significa precisamente "orden", y orden justo y necesario-, sólo aquéllos distinguen la verdadera puerta de entrada del recinto entre un sinnúmero de falsas oberturas (como en los primitivos templos de Saqqara) y poseen la llave (la clave mágica que da el tono, abre y resuelve el misterio sagrado) que les faculta para cruzar hasta llegar a destino, a fin de contemplar y soportar sin

temor ni ceguera y a salvo la revelación numinosa. A menudo los recintos sagrados se sitúan en lo alto de una montaña de laderas vertiginosas, fuera de la vista (ya que están ocultos por un risco o un bosque o se ocultan tras una luz cegadora), y son inaccesibles al común de los mortales: el Golgotha, que preside un cielo negro de tormenta, o cuya vista está cegada por rayos deslumbrantes, o el Sinaí, cuya cumbre está permanentemente perdida en la niebla que vela la faz de dios. Son lugares que dan a luz a contraluz a los dioses en la tierra. A través de ellos, aquéllos se encarnan y se muestran a los ojos de los fieles deslumbrados. Sirven de "delfos" (que, en griego, significa matriz, y en Delfos moraba originariamente Delphyne, la serpiente de los inicios del mundo) a los poderes celestes. En ellos los dioses aparecen y se revelan, como si descendieran temporalmente del cielo o subieran a la superficie desde el interior de la tierra. Son, por tanto, lugares de paso de los dioses o de los espíritus divinos (como el ka o la fuerza vital de los faraones), puntos de contacto entre el cielo, la tierra y los infiernos. Por allí bajan, como por una escalera (de Jacob, por ejemplo; los templos originarios mesopotámicos y egipcios siempre tienen forma de pirámide escalonada) o hablan de tanto en tanto a los fieles por boca del profeta iluminado, y desde estas cumbres cruzan el umbral celeste (Babilonia era Bâb-ilâni, la "Puerta de los dioses") y ascienden de nuevo de las entrañas de la tierra hasta perderse en las nubes. Son los únicos puntos del mundo donde los hombres están en contacto directo con el cielo y lo infernal. Aparecen como el final del cordón que mantiene a los hombres suspendidos de la palabra divina que les ata y les enreda. Por esto, en la antigüedad, los recintos sagrados, como

Delfos o el Monte Tabor, "la alta montaña", como la describe Mateo, donde tuvo lugar la transfiguración del Hijo de Dios antes los ojos deslumbrados de tres apóstoles -y que repetía o reactualizaba la aparición luminosa del numen de Dios ante Moisés- (en efecto, Eliade menciona en *El mito del eterno retorno* que, posiblemente, el nombre de Tabor proviniera del hebreo "tabbûr" que significa justamente "ombbligo"), eran considerados los verdaderos ombligos (omphalos) del mundo. Todos y cada uno de los recintos sagrados estaban, por tanto, situados en el centro del mundo habitado. Eran el centro y centraban el mundo, que poseía, de este modo, tantos centros, equivalentes y originales, como recintos. Desde ellos, el caos, el abismo y la dispersión originarios cedían frente a la centralidad del orden, las órdenes divinas que emanaban del altozano o el árbol sagrado, hincado en el eje central, cuyas raíces se perdían en el averno y cuya cumbre o copa tocaba el cielo (los árboles, el laurel apolíneo o la higuera dionisiaca, han hecho siempre sombra a los dioses). La puesta en orden de la tierra asilvestrada se iniciaba y se organizaba desde el centro. Era la primera señal de la venida de los dioses para el ordenamiento, la ordenación y la redención de la tierra mancillada. El recinto sagrado era la imagen del Paraíso renovado o restaurado alrededor del árbol sagrado reverdecido, en cuyo seno los hombres retornaban a la perdida edad de la gracia originaria. Estaban de nuevo en gracia de dios. En el recinto, lo descompuesto se recomponía, lo muerto revivía, la nada infecunda volvía a estar plétórica de ser, las aguas del Diluvio se retiraban. Los hombres estaban a salvo. Volvían a mirarse cara a cara con su dios que les devolvía la imagen que habían perdido. Dejaban de estar anegados,

anonadados. Volvían a(l) ser. El tiempo se detenía, y la aguja retrocedía hasta apuntar al instante originario, antes de la caída, como si nada hubiera pasado y la nada ya hubiera pasado. Todo volvía a ser como en los inicios, en el momento del ser. Por esto, toda culturización (desde los tiempos más remotos hasta la expansión del Islam o la conquista de América) y todo cultivo, cualquier asentamiento subsiguiente, partían del núcleo centro de sacralidad, desde donde podían orientarse sin perderse de nuevo: apuntaban a oriente, donde amanecía el sol, y bendecían la tierra nueva. Los templos, entonces, están hechos a imagen de los dioses. Entre sus muros acontece lo inaudito: se circunscribe lo incircunscribible. Lo ilimitado e inconmensurable se ciñe a un perímetro limitado, lo que no posee forma o las posee todas escoge y adopta una sola. Los templos son la caja de resonancia de la Palabra, la viva y permanente presencia del espíritu que mira, anima el mundo y se mira en él. La acotación y limpieza de un recinto sagrado o acrópolis, designado por el cielo, era previa a cualquier fundación de una ciudad y a toda urbanización de un territorio. Sólo a partir de dicho centro se podía organizar el mundo, componerlo y dotarlo de sentido, vida y armonía. Desde lo alto del "Partenón" (de "partenos", que significaba "virgen", lo que aludía a la inmaculada constitución del recinto sagrado) descendía o emanaba la fuerza que lo mantenía unido y templado. Era el punto de reunión, la señal que la alianza había sido renovada, y que el nuevo continente contaba con la protección del cielo, el mismo techo que guardaba las tierras antiguas, y no estaba dejado de la mano de dios. Por esto, se confiaba en que lo conquistado y civilizado no retornaría al caos originario, y en que el hombre y su

mundo perdurarían. Por el contrario, desde siempre, cuando un pueblo es conquistado y dominado, los vencedores se ensañan especialmente con sus templos y sus tumbas, que destruyen hasta los cimientos, a fin de cortarles de raíz toda posibilidad de regeneración física y moral. Los convierten en sombras de lo que han sido. Entran en el reino de los muertos, sin posibilidad de redención. Como ha observado Eliade, los lugares sagrados ni la ubicación de los primeros templos han sido nunca decididos ni escogidos por los hombres. Son los dioses los que han marcado siempre el terreno que marcará para siempre el destino de la tribu, mediante una aparición o una señal: la caída de un rayo, una piedra (como el negro Palladion, origen de Troya, caído del regazo de Atenea en la llanura de Frigia, que se guardaba en el acrópolis de la ciudad de Príamo y a la que protegía, y que fue lo que los aqueos destrozaron primeramente al iniciar el saqueo de "la ciudad maldita" -el culto a las piedras sagradas fundacionales, como la mesa donde descansó el cuerpo muerto de Cristo o el risco desde donde Mahoma ascendió a los cielos, ambos en la iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalem, todavía perdura en las últimas religiones modernas como el cristianismo y el islam-), o el vuelo insólito y oportuno de un pájaro (un cuervo, la nerviosa grafía de una golondrina, o el águila teocrática de Zeus, devoradora constante de hígados, sedes de oráculos celestes). La tribu de Israel o Jacob se gestó en lo alto de la montaña sagrada de Bethel, "llamado así porque fue donde El Shaddai se reveló", en el país de Canaan, explica el Génesis (35, 2), que Yahvé escogió como el origen de su pueblo y de su primer altar. Cuando se necesitaba santificar un nuevo territorio y el cielo no se había pronunciado, se soltaba un animal sagrado (una vaquilla,

un buey, una paloma) y se le dejaba ir: allí donde se inmovilizaba era el lugar que los dioses habían determinado. Así, por ejemplo, se fundó Tebas, cumpliendo lo que el oráculo de Delfos había predicho, en el mismo lugar donde una vaca, cuyo pelaje se ornaba con dos lívidos discos lunares, que Cadmos (hermano de Europa, raptada por Zeus, metamorfoseado en toro, en la playa de Tiro) perseguía, cayó rendida en tierras de Beocia. Los mismos templos, en su origen, no habían sido concebidos, ni a veces siquiera levantados, por los hombres. Por el contrario, los planos habían sido suministrados por el cielo, que no dejaba nada al azar (Además, la construcción de los templos en la tierra sucedía a la que los dioses habían efectuado para sí mismos en el cielo. Antes que Zeus hubiera dispuesto de moradas cinceladas en piedra blanca, Hefesto le había erigido un panteón de oro, celeste y cegador, arquetipo o idea de todo templo encarnado). Si el tipo de los templos egipcios siguió invariable durante casi tres mil años, fue debido a que los constructores se basaban en un memorial caído de las nubes con las primeras lluvias. La planta del zigurat de Eridu (el desdichado compañero de Gilgamesh), en Mesopotamia, que se levantaba "como una montaña desde la tierra", según se narra en el "Himno de Eridú" (la palabra mesopotámica "zigurat" se traduce, aproximadamente, por expresiones como "en la cumbre", "en lo más alto"), fue dibujada sobre la tierra fértil por el mismo dios Enki con "su sagrada caña". La memoria del proyecto del templo de Jerusalem, que Yahvé entregó a Moisés en lo alto del Sinaí, llenaba decenas de tablillas densamente picadas, y se ocupa de los detalles, en principio insignificantes, de manera casi obsesiva: medidas, formas, colores, ornamentos,

materiales y técnicas constructivas son descritos y prescritos minuciosamente, con autoridad y precisión. Manda incluso quienes han sido declarados aptos y han sido temporalmente facultados para construirlo y ornarlo, "colmados del espíritu de Dios y de la habilidad, la inteligencia y la sabiduría necesarias para acometer toda clase de labores". Un milenio más tarde, Salomón se cuidó de que los constructores del templo de Jerusalem, sobre el monte Sión, respetaran al pie de la letra las prescripciones celestes. Los dioses podían llegar a colaborar e incluso a erigir los primeros templos fundacionales, como lo hicieron Apolo y Hermes, los constructores del templo originario de Delfos. En resumen, toda creación tenía un modelo celeste y se practicaba siguiendo pautas ejecutadas en los orígenes por los dioses o por heroicos emisarios suyos, anteriores a los hombres, como Dédalo. Sin embargo, desde el crucial s. V a. J.C. (el fin de la edad del mito y el origen, un nuevo origen, de la modernidad, esta vez), para muchos profetas renovadores de distintas religiones (Ezequiel, Heráclito, Zarathustra, y, más tarde, Platón) los templos de piedra dejaron de ser necesarios. Rezar en y a éstos era, literalmente, hablar con las paredes, porque los dioses ya no moraban y se ocultaban en las celdas secretas, sobre el ombligo del mundo. Los templos y las estatuas habían emmudecido. El centro del mundo se había desplazado. Ahora, el verdadero templo, repetía Séneca, era el alma del hombre, receptáculo o espejo humano del dios. El arte no sería inútil ni debería ser proscrito (incluso en los perfodos o culturas más iconoclastas se siguió edificando y practicando un arte, anicónico aunque, o puesto que, colorístico y deslumbrante), pero serviría para honrar y exaltar a un nuevo y

definitivo dios: el hombre, a imagen del dios. Cualquier creación humana, por tanto, sería, desde entonces, una prueba de la divinidad del hombre, erigido en el rival de los dioses. Los más grandes arquitectos, incluso en la modernidad (de Miguel Angel a Le Corbusier y Kahn), han levantado templos al final de su vida en honor de los dioses, es decir, de sí mismos: quizá haya sido un intento de iluminar retrospectivamente toda su obra, o un último grito de desafío frente al poder de los dioses, antes de caer en sus manos, sin embargo, como si hubieran querido afrontar al juez último de igual a igual, componiendo un diálogo final de creadores, como sostuvo Matisse al concluir la edificación y la ornamentación de la capilla de Vence. Son los templos los que han dado la medida del temple, la fuerza y el alma "poiética" de los auténticos visionarios y forjadores de universos (poéticos y políticos). Por esto, ya nadie se atreve con aquéllos.

*"¿Habéis observado qué iglesias nos construyen hoy en día? Se parecen a cualquier cosa, una biblioteca, un observatorio, un palomar, un cuartel; pero, sin duda, nadie está convencido que Dios habite allí dentro. Los albañiles de Dios han muerto, y una sabia decisión sería el no construir más estas feas osamentas de piedra, donde ya no tenemos a nadie a quien poner"* (E. Zola, *El vientre de París*, IV)

¿Nadie? Ya falta poco para que concluya el "Pyramid", el último casino de Las Vegas, con la gigantesca antesala, que lo precede y lo protege, en forma de esfinge.



sotto il regno di Severo Alessandro.

La sua forma alquanto insolita risem-  
brava un tempio, come il tempio di

memoria di Baalit, ed è forse collegabile al  
culto della dea cartaginese Tanit, i-

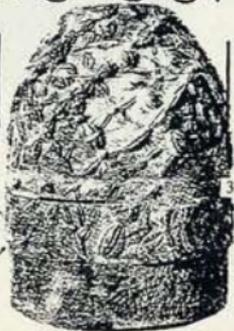
milano della Caelestis romana, il cui  
me-

Il tempio propriamente detto sorge su di un podio

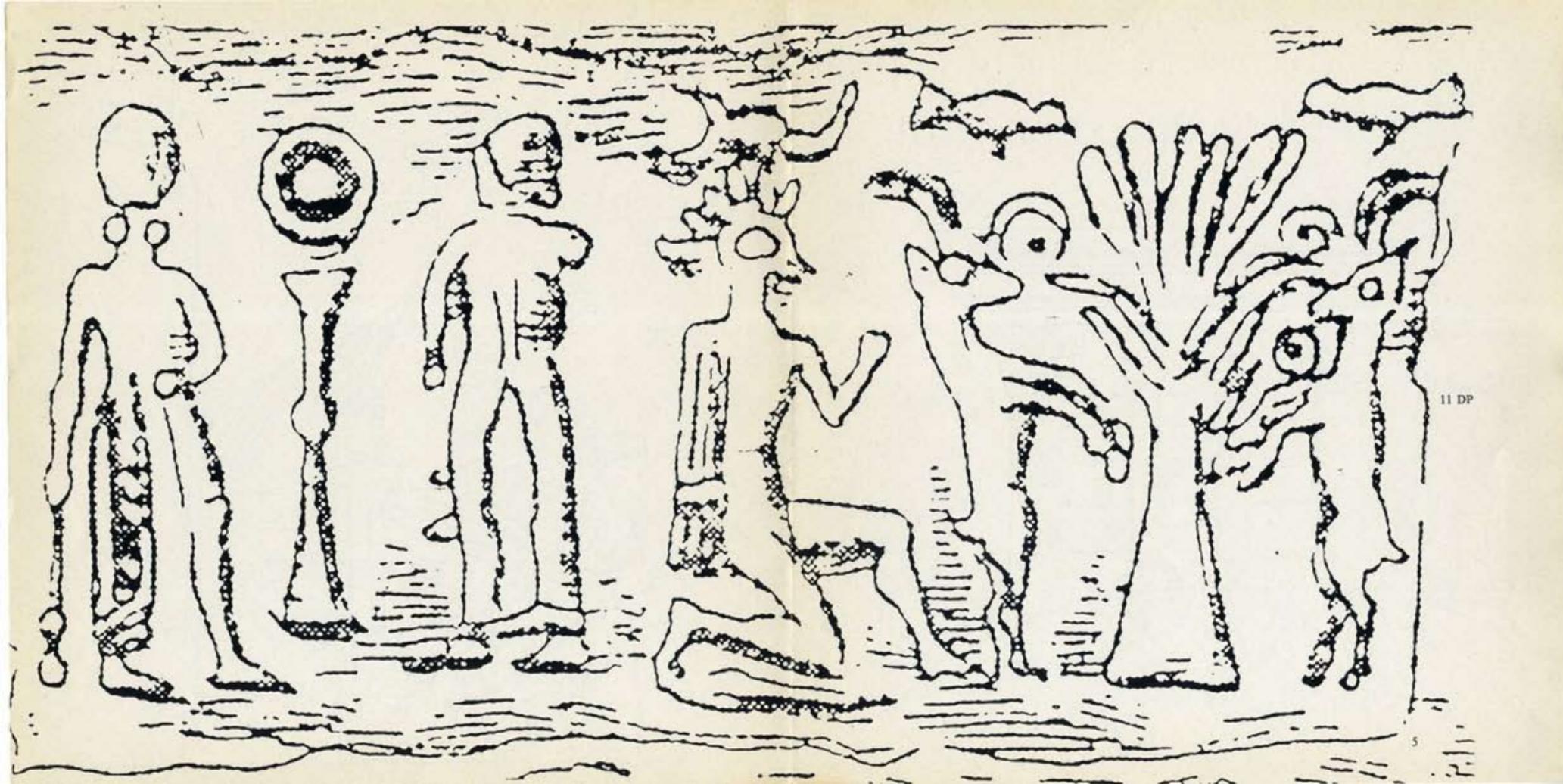


6 DP

15 DP



Portada. - Pintura mural pompeyana que muestra un recinto sagrado aislado y escarpado, con un risco abrupto, rocas sagradas, el árbol de la vida, un templete al que acude un pastor oferente, y la imagen divina (Nápoles, Museo Nazionale, sala LXXVII, n. inv 9418). 1 - El Trono de Zeus, en la montaña del Olimpo cercada de nubes (Grecia). 2 - Modelo (o "maqueta") en bronce de un recinto sagrado en el que dos sacerdotes offician el Sit Shamshi (la ceremonia de la Salida del Sol). Muestra una altiplanicie con dos temples, monolitos, vasos para abluciones y un bosque sagrado (perteneció al rey Shilhak-Inshushinak de Elam en Susa, c. 1140 a. J.C., París, Musée du Louvre - Département des Antiquités Orientales). 3 - El omphalos u ombligo del templo de Delfos (Museo de Delfos). 4 - La montaña sagrada de Amenti ("la montaña de vida"), en Egipto, desde cuya cumbre el Sol nace y muere. 5 - Adoración de un kiskanu negro, un árbol celeste y de vida, perteneciente al dios Ea, en el recinto sagrado de Eridu (Mesopotamia), situado en la desembocadura del Tigris y el Éufrates (considerada como la localización del Paraíso bíblico). 6 - Capilla asiria, soportada por columnas cuyos capiteles de piedra evocan los cuernos de toros sacrificados, situada en lo alto de la montaña sagrada, a cuyos pies crece un bosque sagrado cerca del árbol de la vida (Bajorrelieve del palacio de Kouyoundjik en Nínive, ss. X a. J.-C.?) 7 - El árbol sagrado infernal minóico, guardado por Cerbero, el perro del Hades. 8 - El monte Faga, en forma de esfinge, cabe la ciudad de Tebas (Grecia). 9 - Gigantes petrificados. Antiguas rocas sagradas en Silesia (Alemania).



11 DP